



## **La Posvida de los Textos de Creación e Investigación: Cuando el Paraíso es un Nicho Virtual**

**Fernando Picó**  
Departamento de Historia  
Universidad de Puerto Rico  
Río Piedras, Puerto Rico

### **Meeting:**

### **73 — Opening Session**

Encontré un librito antiguo con los versos del Conde de Lautremont en un mercado de pulgas en Atenas. No me hubiese percatado de él a no ser que era el único libro en caracteres latinos en una pila de libros en el alfabeto griego. Quizás por el deseo de rescatarlo de su incómoda situación, lo compré muy barato, sin saber cosa alguna de su autor. Para mi sorpresa Lautremont resultó ser de origen uruguayo, hijo de padres andariegos. Había publicado su poesía en Francia, había hecho sensación en su momento, pero luego había muerto a los 25 años. Luego ese otro adolescente impío, Rimbaud, había opacado su fama. Fuera de los entusiastas de la poesía francesa pocos reconocen hoy este nombre de pluma (su nombre civil era Isidore Ducasse). Le tocó ser precursor, pero no profeta, de la nueva poesía salvaje y rebelde del último tercio del siglo 19 francés

Los textos tienen muchas muertes. Algunos alcanzan fama, algunos sobreviven a sus autores, pero todos comparten una posvida, que lejos de ser idéntica a la ultratumba cristiana, evoca una perpetua reconfiguración de fortunas

¡En esa posvida, cuan caprichosos son los destinos de los textos de creación y de investigación! Unos suben al paraíso de los canonizados y antologizados, cuyas relecturas son siempre consideradas necesarias. Otros son constantemente escrutados y criticados, resultando la mayor parte de las veces insuficientes para alcanzar el canon, y otros son relegados al olvido, al repudio, al desconocimiento general.

Que son arbitrarios estos destinos lo prueban las eventuales resurrecciones de obras. Así Góngora y sus contemporáneos, los poetas metafísicos del siglo 17 inglés se reinsertaron en la consideración del público letrado en el período de entreguerras del siglo 20, y Benjamín Constant obtuvo nuevas audiencias en los 1950, y Jane Austen y Henry James regresaron de sus purgatorios involuntarios a fines del siglo 20. El comediógrafo antiguo Menandro hizo un sorprendente regreso después de la recuperación de un par de sus obras en el basurero del antiguo Oxyrhincus, y desde la caída del muro de Berlín Franz Kafka ha reinado supremo en Praga, desquitando tantos olvidos voluntarios.

El infierno de los textos es una tienda por departamentos de cuatro niveles. En el trastero del nivel superior están las obras olvidadas y rara vez mencionadas. Todos aquellos tratados sobre la trayectoria de los planetas, competidores una vez de las obras de Copernico y Kepler, aquellas ponderosos tratados sobre los cuatro humores a los que correspondía toda conducta humana, las maravillosamente eruditas exploraciones sobre la transmutación de los metales, los compendios de encantos y sortilegios para alcanzar el amor de otra persona, las fantasiosas genealogías desde Adán hasta los reyes de Inglaterra, las elucubraciones sobre los nefastos aires que causaban las plagas, las relaciones de viajes a antípodas pobladas de hombres sin cabeza, las meticulosas jerarquizaciones de ángeles, todas caídas en el olvido de los siglos. Pero aunque pareciera que no queda público posible para los descartados ensayos de las pseudo-ciencias, todavía la lógica simbólica de nuestros tiempos, afanosa de articular secuencias cibernéticas, puede atisbar en algún tratado escolástico del siglo 14 los preámbulos de una modernidad entonces anhelada y reclamar la edición de las obras completas de Guillermo Ockham.

En el tercer nivel del infierno de los textos del pasado se encuentran las obras repudiadas, sea por razones morales, o por el cambio en los gustos de las épocas, sea por la imperiosa necesidad de redefinir los contornos de lo razonable. En ese infierno está *Mein Kampf* de Hitler, y todos los tratados que racionalizaron el discrimen por raza, género, sexo o edad. ¿Quién pretende enarbolar ahora las teorías criminológicas de los frenólogos europeos del siglo 19, o representar los reclamos de superioridad de unos pueblos sobre otros con la arbitrariedad de reclamos estéticos o doctrinales? ¿Cómo leer los manuales escritos por inquisidores viejos para la formación de inexpertos inquisidores jóvenes, sin temblar de indignación ante tanta distorsión doctrinal? Pero aún del infierno de la degradación humana, hay quien pueda rescatar las utopías sociales del marqués de Sade.

En el próximo nivel de este infierno de los textos está el círculo de las obras ridículas. Lo vulgar, lo anodino, lo pretencioso, lo rimbombante y lo obsesivo tienen aquí su refugio permanente. Aquellos versos pomposos presentados en los grandes eventos, los tratados pormenorizados de la trivialidad, los catálogos fastidiosos de las virtudes de las mujeres domesticadas, los preciosismos verbales de los encomios adulatorios, las mistificaciones delirantes, los atropellos a la sensibilidad, como murciélagos en cavernas inexploradas cuelgan de los plafones de este piso esperando su anochecer.

Hay todavía un nivel inferior de los textos, y es el de la extinción. Son los textos irremisiblemente perdidos, sea por la destrucción de sus sociedades matrices, sea por el abandono de sus custodios. ¿Qué nos queda hoy día de los textos fenicios? Fuera de inscripciones, apenas traducciones al griego de algún viaje de exploración. Los textos de los fenicios, a través de cuyos ojos se descubrió el litoral mediterráneo y parte del atlántico, no se conservaron. La lengua escrita se extinguió en tiempos del Imperio Romano, y su universo mental quedó para siempre inescrutable. Similar suerte conocieron muchos textos precolombinos. Tantos otros pueblos, tantas culturas, cuya memoria se conserva sólo en retazos de viajeros exógenos, en alguna memoria icónica o hallazgo arqueológico, pero su racionalidad, sus ideales, su risa ha quedado eclipsada. Las lenguas se extinguen, aún hoy, y poca gente se ocupa de guardar los textos de sus frágiles memorias.

## La Purgación de los Textos

Los textos tienen también sus purgatorios y aquí acampa la inmensa mayoría de ellos, en espera paciente de una canonización eventual. Sufren constante purgación. La más arbitraria y desconcertante es la expurgación de los moralistas, quienes mediante enmiendas textuales, lecturas arbitrarias o excisiones siniestras buscan componer sentidos para satisfacer reclamos escrupulosos. Aún Shakespeare sufrió de sus atenciones,. El *Decamerón* de Boccaccio permaneció por siglos en el *Índice* de Libros Prohibidos, excluido de la lectura de los fieles católicos, y Voltaire, Stendhal y Victor Hugo vieron sus obras acosadas por el furor de sus censores, y hasta un tomo del *Acta Sanctorum* de los Bolandistas permaneció hasta tiempos del papa León XIII bajo un embargo carmelita. Pero el afán de censurar no ha sido monopolio de una sola tradición religiosa. Leer el *Discurso del Método* estaba prohibido bajo severas penas en el Leyden de los 1630. El *Ulysses* de James Joyce y el *Lady Chatterly's Lover* de D.H. Lawrence no podían entrar libremente a los Estados Unidos en los 1930, y los *Versos Satánicos* de Salman Rushdie hasta hoy permanecen proscritos en algunas partes del mundo. Curiosa purgación esta, en la que mientras más se censuran los textos más se asegura su difusión. Pero los bibliotecarios nunca deben ser cómplices de estas proscripciones, nunca deben prestarse voluntariamente a tales arbitrariedades. La vida de los textos, sea en los anaqueles de las bibliotecas tradicionales, sea en los rangos de los textos virtuales, nunca debe depender de la arbitrariedad de los que no saben leer más que literalmente.

También sufren los textos purgación cuando son traducidos o compendiados. *Traduttore traditori*, se ha repetido muchas veces, y es verdad que la transposición descuidada de sentidos muchas veces ha desfigurado o aun desacreditado el pensamiento original. ¡Cuántas veces la Biblia se ha traducido, cuan pocas veces a satisfacción de todos! Pero el traductor es el agente necesario que posibilita que el pensamiento y la fantasía viajen a distintos sitios y distintas épocas. Hay autores, como Orígenes de Alejandría, la mayoría de cuyos textos han sobrevivido gracias a sus traductores, y hay traducciones, como la *Vulgata* de Jerónimo, que han rebasado las necesidades originales que las propiciaron y han asumido una identidad propia.

Es verdad que los sentidos de las palabras cambian. *Liberal* en el siglo 16 no quiere decir lo mismo que en el 19, y las continuas contiendas sobre la corrección genérica en la expresión oral y escrita atestiguan que ya *homo* no vale tanto para *vir* y *femina* como lo fue en otra época. Por eso es que cada siglo debe emprender la traducción de las obras consideradas clásicas. El latín, lengua culta y científica hasta el siglo 19, hizo posible la difusión del pensamiento de Tomás Moro, Erasmo, Descartes, Newton, Spinoza y Leibniz, pero rara vez se les lee hoy en su redacción original. Las traducciones han sido su pasaporte al mundo contemporáneo. Hay que valorizar el trabajo paciente y cuidadoso de los traductores dándole el debido crédito en las catalogaciones y las citas bibliográficas.

Los compendios son a veces más arbitrarios que las traducciones. Hay obras tan largas, como la *Crónica* de Froissart o el diario de Samuel Pepys, que rara vez son leídas en su totalidad. Pero ¿quién escoge y quién edita? Compendios demasiado ingenuos de Gonzalo Fernández de Oviedo nos han dado una representación distorsionada de las primeras décadas de la *conquista* europea de América. Los compendios de los grandes pensadores del pasado, hechos para

escolares, se parecen a aquellas visitas guiadas de París en las que el Louvre se ve solo desde afuera. Es necesario abreviar, pero ¿cómo hacerlo sin banalizar?

Hay otras purgaciones que los textos sufren, y es a manos de los lectores edificantes de todas clases. Hay lecturas etnocéntricas que desfiguran, y todos los grandes autores han sufrido ese tratamiento de sus entusiastas. La *Germania* de Tácito fue reducida al absurdo en la década nazi de los 1930, pero ¿quién no gime ante rendiciones grotescas del *Martín Fierro*, de Kipling, de Mark Twain, de Dante o de Goethe? La universalidad del genio creador es encogida por el esfuerzo achicador del jingoismo.

Aunque ya no volteamos los versos de la *Eneida* para auscultar nuestra suerte, la *sors vergiliana* se sigue practicando con grandes textos para cimentar proyectos ilusos. ¿Qué programas de crianza de niños, qué sistemas educativos, qué regímenes de salud no se han elaborado a partir de *La Araucana* de Ercilla, la *República* de Platón o las *Meditaciones* de Marco Aurelio. Qué extraño tratamiento de las grandes obras el reducir las a esquemas, apotegmas y aforismos. Buscando la pulpa se ha perdido el jugo.

### Los Textos Consagrados

Más allá de las indignidades y las purificaciones está la consagración de los textos. La canonización es un proceso largo, arduo y contradictorio, en el que más que los méritos de las obras son a veces los milagros que se le atribuyen los que acaparan la atención. Por fé algunos defensores de las Humanidades han constituido un catálogo de obras que es imprescindible conocer. Constituyen los grandes libros de Adler y Hutchins, o el canon de Bloom, o el elenco de cursos de educación general en las universidades. Son los textos que nadie quiere admitir que no ha leído.

La canonización tiene múltiples atributos. Son los textos que se han digitalizado con prioridad para asegurar su difusión universal. Los bibliófilos han querido obtener sus ediciones originales y han suscrito ediciones de lujo para exhibirse en sus anaqueles. Muchas horas se han empleado en deconstruirlos, en la elaboración de contrasentidos y contrapropuestas, en la fijación o en la desestabilización de interpretaciones, en mayores exigencias de transparencia o reiteradas alegaciones de opacidad. De su discusión viven los críticos, los eruditos, los editores, los popularizadores. El texto consagrado exige conmemoraciones, congresos, diccionarios especializados. La monumentalidad que adquiere la obra agregada de comentaristas y filólogos a veces inhibe el acceso directo al texto, y se olvida que Isaías es poesía, Hamlet teatro, el *Cándido* sátira, y se reduce todo a estéril erudición, un pedregal de glosas ahogando el verdor del pensamiento original. A todo este culto los textos consagrados sobreviven, exponiendo una y otra vez sus lineamientos a interpretaciones atrevidas, irreverentes, ingeniosas o sorprendentes, que atestiguan la capacidad de cada generación para encontrar nuevos pre4textos para la canonización.

¿Cambiaría el proceso de canonización de textos con la digitalización? Probablemente será más rápido y quizás más fortuito. Lo que preocupa, sin embargo, no es que el paraíso de los textos se llene más ligero, sino que el infierno también se pueble con mayor rapidez. Hay que reflexionar sobre lo que pasó en la transición del siglo 16 de manuscritos a impresos. Sí,

ciertamente, circularon con mayor prontitud y en mayores números los textos impresos, lo que permitió a muchas personas tener acceso directo a textos que quizá solo conocían de oídas. Pero también quedaron por el lado muchos textos que en el momento no parecían tan importantes. El prejuicio entonces a favor de los textos en latín inhibió interés en los textos vernáculos primitivos, que sobrevivieron en versiones trucas o interpoladas, o peor, sus únicas copias en manuscrito perecieron al calor de las guerras de los siglos 16 y 17. La cultura dominante solo valorizaba lo impreso y lo considerado culto. La literatura popular, dependiente en la transmisión oral, no tuvo hasta el siglo 19 suficientes fautores para asegurar su supervivencia impresa. La literatura política considerada subversiva tampoco tuvo suficientes accesos a su preservación.

Pero esto no pasará ahora con la transición de impresos a digital, prontamente observarán algunos. Las oportunidades de preservación cibernética son mucho mayores que con la imprenta, y cualquiera puede hacer acceder sus textos a la red. Sí, pero es también mucho más efímera la duración. Si no hay mecanismos institucionales que aseguren su permanencia, los cambios tecnológicos muy pronto se encargarán de crear un limbo de textos publicados en formatos rebasados, por los cuales habrá escaso interés. Como sabemos las leyes del mercado no siempre favorecen el mérito y el valor literario permanente. El *laissez faire* es en fin de cuentas la ley del azar.

Pero ¿qué se pierde? preguntará alguno. ¿Las memorias de un ama de casa, la poesía de un contable desocupado? Esa no es gran literatura. Para el crítico literario no serán textos interesantes, pero para el historiador constituyen representaciones de mundo, maneras de testimoniar prácticas y actitudes que no corresponden a discursos dominantes. Lo que puede ser mala literatura puede constituir excelente testimonio histórico, como cualquier experto en papiros helenísticos puede testificar.

### Conclusión

Los textos de creación y de investigación nos han llegado de muchas maneras, oralmente, en papiro, en tablillas de barro, en pergamino, papel impreso y lienzos, digitalmente, en fragmentos o en ediciones completas, en sus lenguas originales o en traducción, compendiados, interpolados, saneados o censurados, eulogizados o proscritos, en un solo ejemplar, como Lucreio, o en muchos, en una sola recensión o en varias, pero desde la época de Gilgamesh hasta el presente su principal apoyo de supervivencia ha sido la biblioteca, la de los reyes de Asiria, la del Museo de Alejandría, la de Pérgamo, la de los esenios y la de Nag Hammadi, la del cabildo de Verona o las de los monasterios irlandeses y anglosajones, la del califa de Córdoba, las de Cluny, Saint'Gall y San Victor, la de los arzobispos de Toledo o la del papa Nicolás V y la del florentino Antonio Magliabecchi. Hubo monasterios egipcios, sirios y armenios, bibliotecas reales, municipales, nacionales y particulares, la del Sultán de Istanbul o la del Congreso de Estados Unidos, la biblioteca imperial de Pekín o la olvidada colección de Timbuctoo, todas han preservado y transmitido una porción de la creación humana. Toca ahora a una nueva generación digitalizadora tomar el relevo, sin olvidar que el propósito de una biblioteca no es sólo proveer información, sino también brindar acceso a textos integros, cuya discursividad y cuyas estrategias de exposición constituyen en sí mismos claves para entender otras maneras de atisbar la realidad..

Cómo en la nueva era digital se reconfigurará la disponibilidad de los textos recibidos resta por ver. Lo interesante es que los nuevos textos que ahora se publican compiten en el universo digital con los textos consagrados. Ahora la salvación parece estar en la digitalización. La polaridad entre digitalizados y no digitalizados no atiende a los méritos de los textos, sino al afán de sus promotores y la frecuencia de sus lectores. Pero en fin de cuentas, ese fue el caso cuando se hizo la transición de manuscritos a impresos. Lo que contará será el empeño de los custodios de toda esa riqueza textual de que no haya más extinciones ni proscripciones en ese nuevo universo digital. Que en esa misión acompañe a los bibliotecarios del mundo entero no solo Virgilio, sino también Foucault